

AETERNUM VALE*

(Mención)

José Luis Yunes / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

SE TIENE LA PRIMERA NOTICIA DE QUE HAY CALOR Y VIENTO EN UNA ESQUINA

Sí. Es verdad que existen calor y viento y precisamente se están dando ahora. Casi estoy seguro: Hay temblores en la atmósfera y todos ellos --intermitentes-- acompañan desde hace diez o veinte mil horas, tal vez a un viento suave o nuevo, posiblemente producido desde antes de escucharse íntegro --como ahora-- silbante a veces. Imagino que realmente no me importa demasiado sentirlo de esta manera y desordenarme el cabello como lo hace; pero no es así y casi me atrevo a pensar que me molesta. Después o quizá antes de fijar la vista en la calle, se desprenden; sí, de algún lugar de la acera se desgarran hacia mí, hacia la esquina donde me veo detenido, dos girones de tela. Hay un calor que asciende desde no sé dónde; emerge en dirección de mi cabeza, elevándose por entre las piernas desnudas de cuatro o cinco mujeres que esperan (estoy seguro) el autobús. Es el calor que aumenta al disminuir la intensidad del viento; el mismo que al calentar las partículas de aire genera una excitación cinética conocida con el nombre de viento. Se acercan los trozos vivos de tela; con el tiempo sirviéndoles de cuña tal vez lleguen pronto. Inconscientemente: vuelvo a fumar, y el viento se lleva ese humo tan mío, lo hace romper la succión con vigor dejándome un sabor raro (acre, debo decir) en los labios y en la lengua y en la garganta, secos todos por efecto del calor --creo--. Algo ha sido petrificado previamente en esta calle. Sí, han petrificado este escenario para que una desconocida tropa de actores lo circule a diario. Me veo sentirme impaciente por estar parado, detenido en un instante no sabido. Estoy pensando seriamente en lo que hago allí. Súbitamente varias hojas de un árbol --a punto de secarse-- caen /Las hojas/ a punto de secarse también /Las hojas/ se mueven lentas, aceleran, bajan con pompa /Las hojas/ detienen el tiempo de mi conciencia con el vacío de su caída /Las hojas/ caen pesadas a causa del esqueleto-armazón que seguramente poseen /Las hojas/ insisten en prodigar su acercamiento al suelo /Las hojas/ yacentes, pisoteadas al fin después de ser movidas por no sé qué secreto sustentador aéreo, parecen espejos tirados necesariamente en el pavimento.

*Para los que no sepan latín, quiere decir: "Adiós para siempre."

LUEGO EL CALOR AUMENTA

Se precipita así una intensa lluvia de rayos solares. Tupida. Tú no la puedes ver, ni creo que percibirla al menos. Me miras desde la ventana de tus ojos, allá enfrente; hasta ti solamente llega un resplandor ignorante de todo. Te daña la retina: es muy brillante. Como si alguien la hubiese recortado con una lámina muy delgada. Interpone una mica móvil ante las cuencas de los ojos. Levanta —el calor— un vapor opaco, ondulante, que hace bailar todas las imágenes de manera grotesca: desarrollan una danza de simios. Pienso en que los demás me observan bailar también, como todos, dispersarme, mutar mi cuerpo en aire, en sol, o acaso en grueso polvo incesante en su introducción hacia los ojos del resto.

AUN EL VIENTO SE MOVILIZA

Nos da la magia ilógica de la disgregación ridícula. El calor, el viento —altibajos naturales en turno— nos mueven a su antojo. Nos trasladan de partícula en partícula. A ti no, estás detrás de tu ventana, ahí donde no se cuelan los atributos de la intemperie, donde quizá hasta existe un poco de frío. La calle se está moviendo: desarticulando los cuerpos que la pululan. Ahora sí distingo, aunque lejanas, dos figuras. Femeninas; imagino que rotundas o sólidas, las recuerdo como las he estado mirando: dos masas informes, dos /de colores/ masas “. . .ellas también bailan esta danza sin compases; a su lado se mueve un auto, casi corren o sin el casi, se acercan vertiginosas, mas ubicuas, se alejan simultáneas. Ascienden lentas, descienden en la otra acera; se vuelcan en un enorme salto y llegan a mí. . .” Es simplemente el efecto visual del calor, porque aún están lejanas, como antes. Todo se mueve oprimiéndose, reculando. Movimiento: la calle, mis ojos, los árboles ya resecos, la ausente canícula del sol —es pleno invierno— todo, todo se mueve a mi lado; detrás, ondulan en la calzada los vestigios de combustible quemado por cientos o miles de millones de máquinas. Ondeán —en las azoteas próximas— bastantes muestras de higiene hogareña: Ropa limpia, en su mayoría sábanas-banderas de paz marca “Make love not war”. Campean coronando los edificios, como estandartes oficiales, todas las camisas que imaginar pueda mente alguna; sin duda estoy pensando que se han ataviado igual que en septiembre se hace con ciertos edificios de cierta plaza árida y céntrica. Afortunadamente tú y yo estamos muy lejos de ahí: creo que en Coyoacán —¡oh! perdón Sr. [sic] Novo , Coyohuacan o Churubusco. Pienso que me es demasiado difícil distinguir donde empieza uno u otro. Sí, tú y yo nos movemos en esa esquina que posiblemente diferencia esos dos lugares. Tú, dentro; detrás de los cristales; yo: abajo, detrás de tus cristales. Aún hace movimiento. Todo es efecto visual del calor, hasta nosotros. Sí, por si no lo sabes, todo este inmarcesible movimiento es producido por el efecto visual del calor. Alguien tiene el derecho de decir: “Es tan sólo una ilusión óptica” pero yo sé que no existe tal. Creo que tú y yo lo sabemos bien.

Y ¿sabes? hoy mientras espero aquí sin saber exactamente a qué, pienso en la conversación. La misma anciana conversación que nunca terminamos, la que repetimos toda vez que nos encontramos, esa que sostenemos a diario en el hueco de la mano; la recuerdo, lo sé. Hoy mismo lo estoy haciendo; todo el lenguaje que la contiene se revuelve, escalando los peldaños de mi cerebro, ocupándolo íntegramente. Sus letras colocadas siempre en decúbito, descansan como yo. La vez última —no sé si hace veinte o treinta años— está aquí,

entre tú y yo, tendiendo un puente invisible. Lo recuerdo, lo sé; es una vivencia que está separando algo en la mente. Ahora, como un mal recrudecido, regresan los símbolos que implican el avance de los autos. Destaca ante mi vista, un Volkswagen rojo, eléctrico, vibrante; algo brilla en la superficie del pavimento. Creo que me observo inclinarme para curiosear, desde lejos, tal vez desde tu ventana y mirar mi derredor. Aquí. También pienso en tres o cuatro columnas de manifestantes que pasan sin advertirme. Casi estoy seguro que claman desde su inocencia: acaso piden pan y no les dan: sonrío, sí eso es, sonrío con ademán furtivo (oh Dios, una furtiva sonrisa) y pienso en Caruso y la recóndita armonía o algo así. Después me miro desplazarme hacia mi derecha. NO. . . no me muevo. Trato de esconderme dejando de respirar y creo que lo consigo. Un nuevo cigarro se apodera de mis labios (invadiendo gran parte de mi boca si se me mira desde el clásico ángulo: 3/4 de perfil). Trato de pensar si soy guapo y casi acabo creyéndolo y aún estoy parado, formando una perpendicular ligeramente curvada con respecto al piso que piso. Tú me puedes ver sin dificultad desde tu cristal si quieres.

TODAVIA HAY CALOR Y BASTANTE VIENTO

Y ellos mueven inexorables los pies, dirigiendo los pasos de su marcha hacia la esquina en medio del calor. "No llegarán" es pantomima de la pura la que llevan a cabo todos. ¿Sabes lo que es el miedo? Sí. . . sí lo sabes, tú tienes un librero atestado de volúmenes que hablan de él. Una vez hojeándolos has logrado saberlo pero no es lo mismo. . . aquí se está solo, demasiado. Creo que alguien corre delante de un grupo. Son ellos, se acercan; pero el efecto visual del calor los detiene, los aleja y juguetea con sus cuerpos. Sí, es claro: son ellos que golpean violentos a alguien. A mi lado —casi puedo asegurártelo— un rostro con el título nobiliario: "el respeto vestido de gris" se mueve con muecas espantosas, gira varias veces sobre sí; el 80 por ciento de su piel refleja, queriendo decir miedo, el resto: ausencia o deseo de huir. Hasta mis oídos, apenas perceptible un lamento se ahoga en lo más denso del calor —lo hace por dentro y por fuera—. El rostro de que te hablo es adulto y tú lo sabes tal vez mejor que yo. Si te esfuerzas lo puedes ver, da risa su miedo. Su miedo cerval y bien propio; ese sentimiento de inquietud motivado por un peligro real o imaginario tan suyo. Te cuento de su rostro porque ahora una piedra se estrella en él, y todavía trata de huir pero con redoblado énfasis. Míralo tratando de trepar. Cómo —quizá puedes oírlo— lanza su voz ronca o delgada en un grito y al través de ellos —su voz y el grito— quiere escapar. ¿La piedra? Sí, es grande, mucho; aparentemente le golpea demasiado fuerte, pero no. . . tú y yo sabemos perfectamente que no es así. El no es golpeado como debiera serlo; acaso tú y yo somos los únicos en saber eso. Creo que se pierde detrás mío. ¿Recuerdas ahora su expresión? Sí, en efecto, ya no es de miedo. Podemos decir —sin temor a equivocarnos— que está cambiada. En este momento puede advertirse en él —en sus ojos pequeños, de vista daltónica— una risa abierta, casi de agradecimiento; su semblante es de condescendencia; en su boca: risa, en los ojos: risa, en todo él: risa. . . y sangre. Protegido con mi cuerpo imagino que hasta es bueno —qué insondables los misterios humanos. Alguien le aplaude; él con gracioso mutis dando

las gracias desaparece y el gran teatro se cierra muy hermético, dejándome fuera.

EL CALOR DISMINUYE LIGERAMENTE Y EL VIENTO ES AUN INTRUSO

Ya lo sabes porque seguramente lo estás viendo: es un soplón intruso que se mete con todos y no respeta a nadie, igual que los manifestantes. . . o los adultos. ¿Puedes imaginar la cantidad de propaganda que traen? "humm, a ver. . . son, déjame ver bien. . . es que ¿sabes? . . . sí, es el efecto visual del calor. . . claro que no es disculpa. . . ¡ya está! son cuatro pancartas, dos anuncios comerciales. . . uno: de la Revolución cub. . . dice: "Che, ¡cuántas mentiras se dicen en tu nombre! ". . . ¿el otro? . . . no, es únicamente un cartón de cervezas. . . ¡claro! En serio, te digo que es un intruso /creo que ahora cierras tus cortinas/ porque puedes verlo meterse en el cabello tratando de aferrarse a sus raíces y conocerlas; él mismo se empuja, propugnando por salir de su cautiverio y se impide el paso; no sale hasta no recorrer, empecinado, todo el cuero cabelludo. . . el calor continúa serpenteando en torno a nuestras máscaras. Obsérvalo bien (para que te des cuenta) cómo reptas de un lado a otro moviendo nuestra ubicación a su paso. Se ayuda con la insolencia solapadora del viento para desnudarnos ¡intrusos! sí ¡malditos sean! nos hacen localizarnos en distintos sitios a la vez, pero yo sé que estoy aquí, frente a tu ventana, en la esquina; abajo, a pesar de todo lo que vea, oiga o pueda sentir/ Yo sé que hay una mentira, quizá no, pero sin embargo es necesario que la haya. Y si no existe voy a darle vida/ se mete debajo de la ropa; en las mujeres que deben andar por ahí. Doy dos pasos lejos de mí y no dejo de mirarme. Pose 14; empiezo a desvanecerme —creo— proyectándome en alguien que se acerca tan difuso como yo, posiblemente como todos. Estamos sumidos en este océano de calor que entalla nuestros brazos, y la calle y la ropa interior: húmedos todos con un sudor casi tibio.

A menos de 25 pero a más de 10 metros, el par de faldas lucha frenético con el viento para tratar de conservarse incólume a su ataque. Esas faldas son de colores vivos: creo que una es negra, la otra, guinda oscuro. Colores vivos. Están detenidas lo sé, con sus vestidos vivos, blandiendo su tejido al sol —que entre nubes, dos o tres y otras cosas, empieza a opacarse— medio atenuado. Creo que ya libre de ese yugo, pero extenuado comienzo a pensar en la conversación tan nuestra (mi fijación atávica) o en la pureza de sonido de los Stradivarius o en tu rostro ignoto —tal vez completamente ausente hoy— o en algo así. Y ya ves, empiezo a creer en ti y en las cosas que aún no te abandonan: tu viernes santo y acaso el frío que sientes. Y créeme —lo confieso— que estoy triste, muy triste por ti y se me quieren salir las lágrimas. Tú lo entiendes ¿no? y me siento —de verdad créemelo— mal: con ganas de vomitar todo lo nauseabundo que soy y a veces hasta me doy lástima o miedo (¿recuerdas el miedo?) y todavía me atrevo a llegar al extremo —¡imagínate! — de sentirme importante. Y yo te aseguro que no lo soy; por esa razón quiero inventarme una mentira a mi exacta medida, que no me quede grande. . . ni chica. Tú comprendes eso ¿verdad? y hoy aquí, frente al edificio, digo a lo que él conserva de ti que estoy creciendo lento, distinto a la ocasión aquella en que nos encontramos siempre, cuando estás. Sí, muy distinto a mí mismo —qué raro el mundo de los hombres—; y es hoy que abres nuevamente tus cortinas cuando pienso (o siento la necesidad de) cerrar el cuerpo. Lo hago.

C. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO. LUHANMO.

NETM



“ ” , ,

MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM
MUDEM

DDA

MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM MUDEM

CESAN SUBITAMENTE EL CALOR Y EL VIENTO
(PORQUE ALGUIEN SE INSENSIBILIZA A ELLOS)

Sí, cierro el cuerpo a todo; quizá así haya más tranquilidad. Dejo entonces de hablarte de los manifestantes, de la doble mujer que viene caminando desde hace tanto, del señor Adulto y de todo aquello que al fin y al cabo –quizá– ni te interesa. Hoy es solamente la conversación entre tú y yo, como siempre. El puente que únicamente cruzamos ambos. Solitarios. Acudiendo al rescate de algo que se pierde en algún rincón de nuestra noche. La conversación perdida a diario, acariciada por nuestras inevitables voces, tan inevitables como el cielo. Maloliente de tan vieja; la misma que grabamos hoy (ese nuestro hoy sin tiempo). Mnemotecnia utilizada para algo que nos incumbe sólo a ti y a mí, abigarrándose con los ruidos del aparato o algo semejante que la contiene, reteniéndola siempre. Simple ¿no es así? y aún las lágrimas están pugnando por escaparse de dentro. Ya desaparecen los mundos de mi derredor paulatinamente. No te preocupes más. Creo que empiezan a esfumarse de manera paralela a mi acción de cerrar el cuerpo o tal vez no. El caso es que ese mundo histórico comienza a desvanecerse ante mis ojos doloridos enmedio de estertores convulsos, casi neuróticos. Me imagino perverso, sumamente villano. Ahora, sumido en el torrente demoníaco de mi sangre, se empiezan a parecer, cabalgando con furioso galope, nuevas (?) impresiones; horrendas todas o quizá demasiado bellas para comprenderse. Pienso: no vale la pena entenderlas. Deja que hagan por ti y paga su intromisión con tu indiferencia. Je, je, soy un verdadero villano (gran sonrisa de maleante). Y a pesar de todo, existe, entre nosotros, implícito un pacto de conversación en lo muy lejano e interior nuestro. Y sujetos con cadenas farfullamos maldiciones por ser obligados a él, aunque acaso no ignoramos que está radicando en nosotros como algo íncrito. Hay un infierno sanguíneo que se aglutina, contrarrevolucionando mis tejidos; siento que algo se mueve, agolpándose, rebotando –creo que en mis sienes– deteniéndose a veces, o avanzando o algo muy parecido. Pero el hecho es que todo se desplaza en torno a ese tam-tam tribal /como tratándose de un film movido en cámara lenta/ ejecutado por un corazón que empuja hacia todas las direcciones imaginables.

YO

Y AL DESAPARECER CALOR Y VIENTO SE HACE
PRESENTE UNA CONVERSACION

Hay desde siempre una historia impresa en alguna cinta; creo, acaso con temor a repetírmelo, que estás de pie, elevándote sobre un suelo poroso (en ocasiones ligeramente blando). Tu figura es sombreada; se balancea con tu voz. Te estoy mirando curiosamente. Detrás está una ventana que apunta siempre hacia el mismo lugar; como un calendario, da siempre: la misma cara, la misma imagen: un cielo que varía (a causa de movimientos nebulosos) invariablemente en su color —no estoy seguro, pero es así— /viajando entre las copas de los árboles que radican desde hace siglos en el parque Italia/ Cielo que apunta —creo— todos los días con su ventana al crepúsculo. Desde ahí te veo, detrás tuyo. Estoy pensando en tu figura que recorta tal calendario /¡click! / Tú ni te imaginas cuánto te está ocurriendo en este momento /trac, trac, trac. . . / el mundo converge en tu pelo, en tus uñas, untándose en ti, quizá mofándose de las cosas enmedio de una agreste, salvaje carcajada, sonrisa, mueca o algo así / . . . Se me quieren salir las lágrimas. ¿Me oyes bien allá donde estás? / Estoy casi seguro de que quiero estirar la mano para tomarte la cintura en algún punto / . . . Me encuentro a punto de botar el llanto de mi cuerpo. No sé si entiendes esto: es como si la lágrima estuviese pugnando por expulsarte de mí. . . / El sol quiere reseca algo en tu pelo lo estoy mirando inserto en tu piel, colado por tus poros. Se da en tu cabeza como intentando dejar en ella alguna simiente de luz. Tal vez no / . . . se impregna, mejor dicho: se está impregnando todo mi cuerpo con la impresión muy rara de mirar tu féretro. Tú lo sabes bien. A ti no puedo engañarte. Quizá tú misma estés más preocupada que yo. No lo dudo, tiene que ser más difícil para ti saberte destinada al ataúd que yace —igual que tú— esperando cumplir con una tarea prefijada. . . / de pie, sí, enteramente de pie te miro. Los rayos de sol te bañan de amarillo y pigmentan el 40% de tu cabello. Es muy especial mirarte así como ausente o vacía, hablando de nosotros ante quienes —como yo— te escuchamos / . . . es demasiado intenso tu viernes santo. Estás —¿cómo comprender que tú corres hacia la noche? — vestida de olanes, encaje blanco que se cree propio de un altar y que hoy —todos nos damos cuenta— parece no servir sino para cubrir tu piel de las inclemencias (¡ como si pudieras sentir frío!). Tú ahora nos miras afanarnos en clasificar tu atuendo. . . / hablas con ademanes finos, semejante a mí en lo que dices. Usas mi lenguaje hecho con base en balbuceos de tiempo, preguntas y a veces informaciones. Te siento asimilada en mí. Inmersa en los sonidos de mi respiración, hablando con mi voz / . . . preocupados por vestirte elegante —qué pudor siento al hablarte así— para que al final ocurras a mirar otras cosas que posiblemente ni te importan realmente. Estoy casi seguro que tienes ganas de escupirnos la cara o de reírte a carcajadas (estas lágrimas están pugnando por botarse de mis ojos). Has de pensar —sí, estás pensando— en lo innecesario de ponerte de gran gala por algo así. Hoy te miro, es verdad, pero ajena, ausente de todo. ¡ Click/ Este día que el sol está penetrándote en el suave cráneo (hecho de no sé qué material blando, probablemente sintético), tirándote sus letales dardos de luz, partiéndote los huesos. Te los parte, te los raja, los abre, el sol sobre tu cabeza, yo mirándote. Yo: escuchándote hablar. Tú, yo. Tú hablas con mi voz; de nosotros. Es ineludible el saber que en este momento te estoy de-sean-do, así: de-seán-do-te. Yo queriendo apoderarme de ti. Tu pelo; sí, creo que es él quien refleja la luz del sol, arrojándola hasta mí. Yo, tú. Te está iluminando el cabello. Te digo —muy en serio— que algo se encuentra hirviendo en mi pecho al sentirte. Quiero llorar o necesito llorar o algo semejante, aunque debo decirte que tal

vez no puedo, ni quiero ni lo necesito. No sé ahora nada, eso es lo que pasa. Es todo. Continúa la cinta: /¡ click! / detengo lo demás cuando llega un momento en que imagino decirte adiós /trac, trac, trac(?)/ tu cuerpo se expande en cópula con todo el universo. Creces; te agigantas como un punto ilgido y devienes en algo convulso, vibrátil. Te derramas. Y ahora me doy cuenta que no es el sol quien te ha estado iluminando; no, no es el sol: es la lámpara, ¡qué lástima! /

Se deja de pensar un momento y sale al aire-limpia de intromisiones una conversación. Es presente y por tal te hablo en presente siempre y también. Tú no te has marchado a lugar alguno, si no es así ¿cómo explicar el hecho de estar mirándote hoy? Inclusive ahora mismo no sé bien si te estás incorporando ya a algún equilibrio que alguien dice existe en el universo o bien que estás participando de lleno en algún fenómeno natural, vestida de otra manera. No como te vamos a entregar esta vez: de blanco. No, sino disfrazada de lluvia, apretujada toda, o de algo que también se obstruye de tan junto que está entre sí ¿no? o de alguna cosa semejante. Sí, es una cosa parecida lo que ocurre. Además, ya comienzo a entenderte casi como una costumbre perdida en no importa qué rincón de la mente. Y te constituyes en mi tarea. Te rescato sin embargo y creo que con la frecuencia de nuestro hoy sin tiempo. Te recuerdo segundo (en segundo no secundado) a segundo, cuando textual dices: Adiós para siempre, esta vez dejo de mirarte, porque allá no hay más nada. Todo es mentira. Protégete de ella o inventa una para ti. Te dejo como estoy en tu ser. No es verdad que vemos algo después de. . . ¿Cómo decirlo? No existe nada. Acaso nos encontramos mañana (el también sin tiempo) convertidos en otra cosa, sin poder reconocernos, ateridos en la imposibilidad de hablarnos. Me estoy disgregando. Aún tengo tiempo de decirlo. Siento entumecida la lengua. Después. . . No sé. ¡Dios! Necesito comunicar algo antes de. . . ¿Cómo decirlo? Es necesario. . . ¡Cesari. . .! , no agregas nada. Todo acaba. Algo se escapa. Pienso, en el tiempo, el de tu edad. Siento que es injusto porque no está de acuerdo con el tuyo que ahora termina, en este momento. Es lo único que me atrevo a pensar mientras todos lloran. Soledad. Eso es soledad. La sensación toda: la abstracción total y completa. Soledad. Me aparta del llanto de los demás. Estoy casi seguro que no pienso en llorar. Sin embargo ahora sí.

Siento llorar como algo más que una simple necesidad de estar con todos. Es más fuerte que todo. No sé a qué no puedo acostumbrarme ahora. La primera —acaso mi única— intención es decirte algo en presente (petrificar un tiempo que no nos pertenece —pienso—) o escribirte algo también en presente aunque se piense en un error sintáctico. Qué me importa a mi eso. Tú no estás o quizá sí pero dispersa (disgregada como dices) acaso mejor. Y ya ves, rompo la austeridad de: I) el momento que estamos viviendo (los que lloran y el que no puede hacerlo) los vivos: Los usufructuarios de una realidad que tal vez no existe, pero interesa y II) el lugar (¡maldito!) desde el cual te contemplamos, ya impotentes, los vivos: navegantes de esa realidad a veces sin solución. Sumamente agreste, repetida; océano ensayado miles de veces con los mismos resultados, recorrido a diario por olas sin fin. Y ya ves, lo único que acierto a hacer: correr en busca de una grabadora; plasmar esta conversación; pensar en ella, tratar de entenderla. Tú comprendes esto ¿No? “Qué acción tan vil.” Creo que alguien debe decir y con derecho. Pero tú sabes por qué corro, por qué me enseñas un camino donde es urgente correr sin que importe terminar en algo. Comenzar; eso es, comenzar sin importar el final. Tú lo entiendes, ¿verdad? Y ahora nos percatamos de que sabes todo y no puedes contar nada. Mal negocio pero necesaria concesión: se te brinda la

oportunidad de conocer la razón de lo inexistente (por lo menos en apariencia) sólo que al precio elevado-ísimo- de no poder decirlo a nadie. Tú sabes que por eso corro. No a buscar un aparato que ni tengo, sino a ejecutar tu sugestión. Así es, sí: ejecutar tu sugestión. No puede ser otro el motivo de mi carrera, aunque. . . debo decirte que si lo hay es ignorado por mí. Perdón por/para quien crea perdonarlo todo. Perdón por/para mí que he perdonado tanto. Ya no estás; y que difícil es entender y soportar esta evidencia. Pienso que tal vez se puede justificar, pero más ya no. Es posible que alguien lo haga. Yo no puedo; lo siento. Creo que realmente lo siento. Tu sugerencia. Mi carrera: qué manera de perderse en algo que nos interesa tan directamente. Y al fin me doy cuenta que sin querer o queriendo hablo, describo, acaso grito tu viernes santo. Ese exacto viernes en que muere algún o el ser (como integrado en unidad) y se dispersa en una fisión ingente, llegando —pienso— al estado ontológico de una partícula /o millones de ellas/ militante, altiva y activamente excitada en algún sitio. Actuante. Todo es tu viernes. Sí. Todo. Con tu soledad en la ventana, alcanzándome. Cristal goteado por tu respiración evaporada. Perspirante. Todo esto. Mi soledad. Hoy, mañana. Quiero llorar ¿Por qué? *Aeternum vale* ¿Por supuest. . . *trac, trac, trac* / Mi dedo se acerca, todavía sin sentir; inconsciente y: /¡ click! /

APARECEN DE IMPROVISO: EL CALOR (CON SU EFECTO VISUAL), EL VIENTO. . . Y UN AUTOBUS

No me muevo. Igual todo al regresar. Probablemente un poco más anciano el horizonte que dos cosas me permiten observar con gran dificultad. La una: Calor sofocante que hace transpirar la humedad de la calle (haciéndola irreal) fusionado con una miopía que se dice progresiva, demostrada en mis experiencias visuales. La otra: Un deseo irrefrenable de llorar.

Ahora sí me muevo; la causa: es muy factible que se exprese con la proximidad tambaleante de un autobús que escapa con salvaje celeridad del ondulado tamiz planteado por la atmósfera calentada, recalentada. Estoy seguro —ahora sí— que avanza posiblemente por la recalcitrancia de su movimiento. Debe ser. Nadie llega a mi lugar, me regodeo con ello. Vuelvo la cara; desaparece todo (hasta el movimiento de los autocómviles). Siento entonces que debo abordar ese necio autobús. Es una necesidad; aunque me lleve al cementerio donde aparentemente estás (yo sé que no has muerto porque creo que eres mi mentira exacta). Pues sí, has muerto; yaciendo allá: detrás de los edificios que me rodean, y todavía me hago la misma pregunta porque creo que aún quiero saber si los muertos también sienten frío, y. . . ¡ por fin estoy llorando! Hoy te visito, voy a ti. Espérame, tal vez no tarde.

UN AUTOBUS ENGULLE TODO, ADENTRANDOSE EN LAS INMEDIACIONES DEL EFECTO VISUAL DEL CALOR Y EMPUJADO DIRECTAMENTE CON LIGEREZA POR EL VIENTO. . . Y DOS O TRES LAGRIMAS.